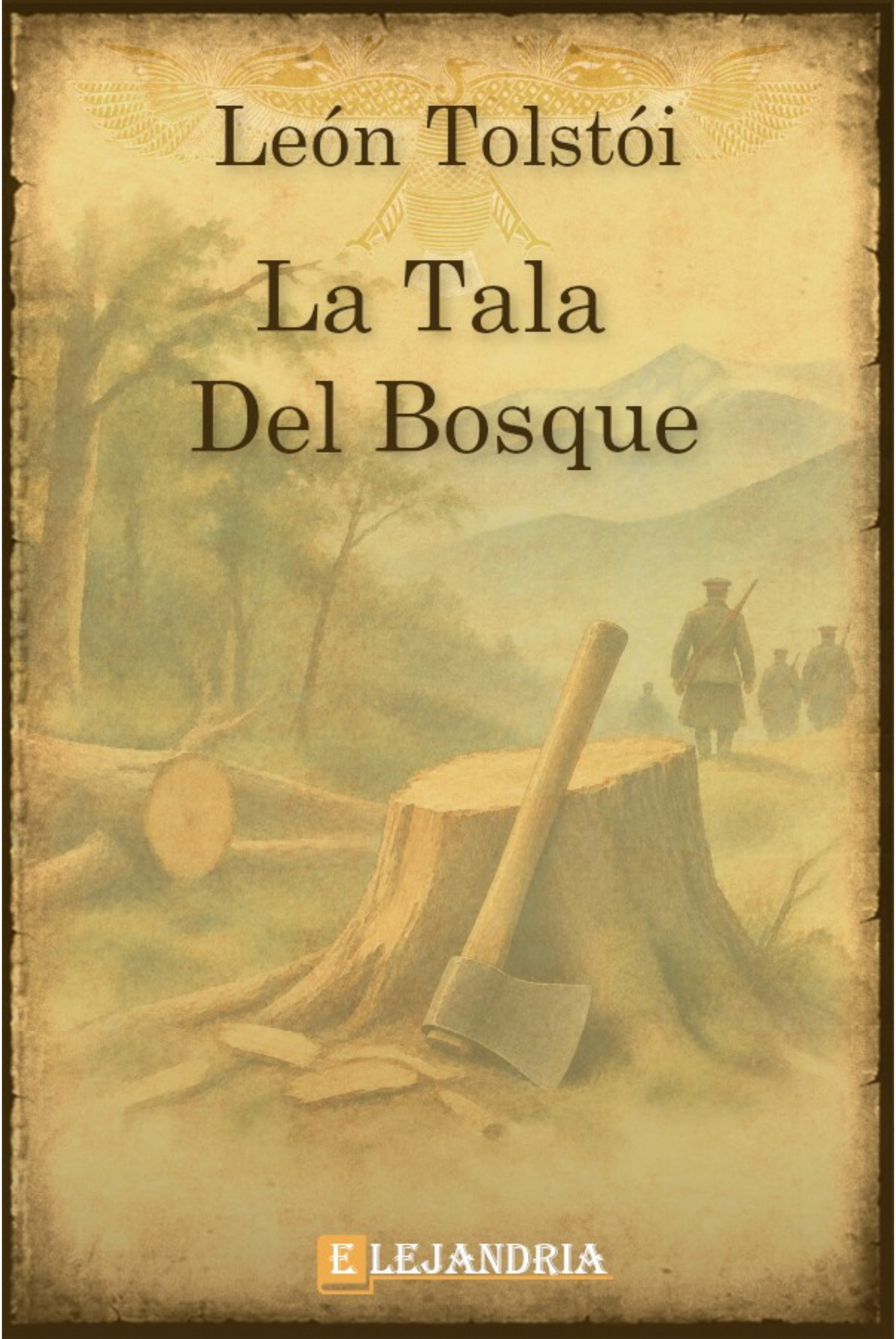
León Tolstói

La Tala Del Bosque



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

La tala del bosque

León Tolstói

Publicado: 1855
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Obras completas, t. III (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905)

I. Una marcha entre tinieblas

A mediados del invierno de 185… una división de nuestra batería formó parte de un destacamento mandado a la gran Thetchnia. Al tener conocimiento, en la tarde del 14 de febrero, de que el destacamento que yo mandaba en ausencia del oficial, era designado para formar parte de la columna que al día siguiente había de arrasar el bosque, transmití las órdenes necesarias y me fui a mi tienda de campaña antes que de ordinario, abandonando la mala costumbre de calentarla con carbón. Sin desnudarme me metí en la cama, tendida sobre el santo suelo. Me encasqueté el gorro hasta los ojos, me envolví en el capote de pieles y me quedé dormido con ese sueño particular, fuerte y pesado, que se tiene en los momentos de turbulencia o de inquietud ante el peligro. La expedición del día siguiente me tenía sobresaltado.

Todavía estaba muy oscuro, eran las tres de la madrugada, cuando me quitaron de encima el *tulupe*[1] caliente; el resplandor rojo de una candela hirió desagradablemente mis ojos aún adormecidos.

—¿Queréis levantaros?—dijo una voz.

Cerré los ojos e inconscientemente extendí de nuevo sobre mi cuerpo el *tulupe* y volví a dormirme.

—¿Os levantáis, sí o no?—repitió Dmitri, sacudiéndome sin piedad por la espalda.—La infantería se pone ya en camino.

De pronto recordé la realidad. Me extremecí y salté a tierra.

A toda prisa bebí un vaso de té, me lavé con el agua helada y salí de la tienda para dirigirme al parque de artillería. Estaba oscuro, y hacía mucho frío. El fuego de las hogueras nocturnas que ardían en varios sitios del campamento iluminando las caras de los soldados adormecidos, acostados alrededor de ellas, aumentaba la oscuridad, con su claridad suave de un rojo oscuro. Muy cerca se oía un ronquido regular y tranquilo; más lejos, el movimiento, las conversaciones y el chis-chas de las armas de la infantería, que se preparaba a partir. Un olor de humo, de estiércol, de leña y de neblina se esparcía por doquier. El escalofrío matinal entumecía los miembros; los dientes castañeteaban unos con otros. Solo el resoplido y pataleo de los caballos dejaban adivinar, entre esa oscuridad impenetrable, dónde se hallaban los arrastres y los arcones enganchados. Por las puntas brillantes de las mechas se podía distinguir el sitio de los cañones… Con las palabras «¡Con Dios!» la primera pieza se puso en marcha. Quitándonos el gorro todos hicimos el signo de la cruz.

Llegó la infantería mientras tanto; el destacamento se detuvo, esperando durante un cuarto de hora la reunión de toda la columna y la llegada del jefe.

—¡Nos falta un soldado, Nicolai Petrovitch!—dijo acercándose a mí una figura negra que conocí por la voz; era el polvorista Maximov.

—¿Quién es?—pregunté.

—Valentchuk. Le he visto cuando enganchábamos y ahora no está aquí.

Como creímos que la columna no podría marchar enseguida, decidimos enviar al cabo Antonov en busca de Valentchuk.

Poco después, por delante de nosotros, entre la oscuridad, pasaron al trote unos jinetes; eran el jefe y su séquito. De pronto la cabeza de la columna se puso en movimiento. Antonov y Valentchuk aún no estaban allí, pero apenas habíamos andado cien pasos cuando los dos soldados se nos reunieron.

—¿Dónde estabais?—pregunté a Valentchuk.

—Durmiendo en el parque.

—¡Cómo! ¿Estabais borracho?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo os habéis dormido?

—No lo sé.

Durante tres horas avanzamos lentamente, en silencio, en medio de la oscuridad, a través de los campos incultos y por encima de la nieve y los espinares achaparrados que crujían bajo las ruedas de los arcones.

Después de haber pasado un riachuelo poco profundo, pero rápido, nos detuvimos. En la vanguardia se oyeron bruscamente algunos tiros. Como siempre, su silbido excitaba a los soldados; el destacamento parecía despertar. En las filas se oían conversaciones, gran movimiento y risas. Los soldados, unos luchaban con sus camaradas; otros saltaban con un pie sobre el otro; otros para pasar el tiempo comían galleta o se ejercitaban en presentar y rendir el arma. La niebla comenzaba a despejarse hacia el oriente; la humedad se hacía más sensible y de las tinieblas se destacaban poco a poco los objetos más cercanos. Ya distinguía las cureñas verdes, los armazones y el cobre de los cañones cubiertos de rocío. Observé involuntariamente el más insignificante detalle: las caras de los soldados, los caballos bayos, las filas de la infantería con sus bayonetas relucientes, las bolsas, los utensilios y las marmitas que llevaban todos para el rancho…

Avanzamos de nuevo y cuando hubimos recorrido unos cien pasos, nos indicaron el *sitio*. A la derecha se veía la orilla escarpada del río sinuoso y las altas estacas del cementerio tártaro. A la izquierda y hacia nuestro frente se percibía una línea negra a través de la niebla. El destacamento bajó de los arcones.

La octava compañía, que servía de encubierta, puso sus fusiles en pabellón; los batallones de soldados con hachas y fusiles se internaron en el bosque.

Cinco minutos no habían transcurrido, cuando por todos lados se encendían y humeaban las hogueras. Los soldados se ayudaban unos a otros, atizaban el fuego con los pies y las manos, arrastraban ramas y troncos, resonando sin interrupción el golpear de cientos de hachas y el rumor de los árboles que se abatían.

Los artilleros, rivalizando con los infantes, encendían hogueras, hasta que no podían acercarse a dos pasos de ellas. Una espesa humareda se escapaba por entre las ramas heladas, cuyas gotas de rocío se evaporaban hirvientes

sobre la llama en que los hombres las aglomeraban. En la parte inferior se formaba el carbón y la hierba muerta del contorno de la hoguera se ponía blanca. Todavía era poco para la soldadesca; arrastraban troncos enteros, echaban fuera la broza y atizaban el fuego cada vez más.

Cuando me acerqué a la hoguera para encender un cigarro, Valentchuk, que siempre se mostraba diligente, se exponía como un condenado jugando con el fuego. Por exceso de celo, con la mano desnuda, sacó del mismo centro de la hoguera un carbón, lo pasó de una mano a la otra y finalmente lo dejó caer al suelo.

—Enciende una rama y dámela,—dijo uno.

—Dadme la mecha, hermanos,—exclamó otro.

Por fin y sin la ayuda de Valentchuk, que aún intentaba coger otro carbón con los dedos, encendí el cigarro. Valentchuk entonces se limpió las manos en el faldón de su abrigo y, por hacer algo, levantó un grueso tronco de arce y lo lanzó con todas sus fuerzas en la hoguera. Cuando juzgó que podía ya descansar, se aproximó al fuego, se desabrochó el abrigo y se lo puso a guisa de capote; separó las piernas, extendió hacia delante sus brazos rudos y morenos, hizo un gesto con la boca y pestañeando varias veces y sin dirigirse a nadie, exclamó:

—¡Ah! ¡eh! ¿A qué he olvidado mi pipa? ¡Qué desgracia, hermanos!

---

1. Capote corto de piel de cordero.

II. Las tres clases de soldados que hay

En Rusia hay tres tipos diferentes de soldados, en los cuales pueden comprenderse todos los demás: tropas del Cáucaso, de línea, de la guardia, de infantería, de caballería, de artillería, etc. Estos tipos, con sus diversos matices son:

1.º Los sumisos.
2.º Los autoritarios.
3.º Los calaveras.

Los sumisos se dividen: en sumisos negligentes y sumisos diligentes.

Los autoritarios comprenden: los autoritarios bruscos y los autoritarios diplomáticos.

Y los calaveras se diferencian: en calaveras divertidos y en calaveras depravados.

El tipo más frecuente, más seductor y simpático y que comúnmente reúne las mejores virtudes cristianas, de dulzura, de piedad, de paciencia y de resignación a la voluntad de Dios, es el tipo del sumiso. El rasgo característico del sumiso de sangre fría es: una calma que nada conmueve y el menosprecio de las adversidades que la suerte le reserva.

El rasgo esencial del sumiso que bebe es: una tendencia dulce, poética y sentimental, que le diferencia del sumiso diligente, el cual es conocido por

su pobreza intelectual, unida a un amor al trabajo sin límites, y por su gran fervor.

El tipo de los autoritarios se encuentra principalmente en una clase más elevada de soldados, cabos, subalternos, etc.; en la primera división, la de los autoritarios bruscos, existe un tipo muy noble, enérgico, puramente militar, dotado de gran calor poético. A esta categoría pertenecía el cabo Antonov, que luego presentaré a mis lectores.

La segunda división, la de los autoritarios diplomáticos, hace tiempo que se extiende bastante. Este es elocuente, ilustrado, lleva camisa color rosa, no come rancho, fuma a veces tabaco de Monsatov, se tiene por mucho más que un simple soldado. Sin embargo, difícilmente son mejores soldados que los autoritarios de la primera clase.

El tipo del calavera, como el tipo del autoritario, es bueno en su primera categoría. Los rasgos especiales de los calaveras divertidos son: alegría constante, gran capacidad para todo, resueltos y de naturaleza magnánima. Este tipo es muy peligroso en su segunda escala. Sin embargo, hay que decir en honor del ejército ruso, que los calaveras depravados son muy raros y, si los hay, viven abandonados por sus mismos compañeros. La incredulidad y cierta fanfarronada en el vicio, son los rasgos principales que distinguen a esta categoría.

Valentchuk pertenecía a los sumisos diligentes. Era de origen ruso y servía en el ejército hacía quince años; era un soldado ordinario y poco hábil, pero ingenuo, bueno, fervoroso, intempestivo en su celo y sumamente honrado; digo «sumamente honrado», porque el año anterior lo había demostrado claramente. Hay que notar que cada soldado tiene su oficio; el más corriente es el de sastre o zapatero. Valentchuk conocía el primero de estos oficios, que había aprendido por sí solo. He ahí por qué el sargento mayor Mikhail Dorofeitch, le confió la confección de sus trajes, habiendo alcanzado ya alguna perfección en su delicado arte.

El año anterior, Valentchuk se encargó en el mismo campamento de hacer un capote de paño fino a Mikhail Dorofeitch; y aquella misma noche, después de cortar el paño e hilvanar el forro, lo metió en su tienda debajo de la almohada, y ocurrió un muy grave percance. A la mañana siguiente, el paño, que costaba siete rublos, había desaparecido.

Valentchuk, llorando, con los labios descoloridos y temblorosos, con sollozos reprimidos declaró al sargento mayor su desgracia. Mikhail Dorofeitch en el primer momento de despecho se enfadó y llegó a amenazarle; pero enseguida, como hombre bueno que era, abandonó el asunto, sin exigirle la devolución del dinero. A pesar de la pena de Valentchuk, de su actividad y del llanto que vertía contando su desgracia, el ladrón no pareció. Las sospechas se inclinaban hacia un terrible libertino; el soldado Tchernov, que dormía con él en la misma tienda. Pero no había contra él ninguna prueba. El diplomático autoritario Mikhail Dorofeitch, como hombre de poderes que se pasa el tiempo en provechosos manejos con el vigilante del arsenal y el jefe de la administración y con los aristócratas de la batería, bien pronto olvidó esa pérdida. Valentchuk, al contrario, no la olvidaba. Los soldados temieron en aquel entonces que se suicidase o huyese al monte. De tal manera su infortunio le había impresionado. No comía ni bebía y no podía trabajar; lloraba sin tregua. Pocos días después fue a buscar a Mikhail Dorofeitch. Pálido y con mano temblorosa sacó de su boca-manga una moneda de oro y se la tendió. «Os juro que es cuanto poseo, Mikhail Dorofeitch, y aun lo he pedido prestado a Idanov,—dijo sollozando de nuevo,—y os juro también que los dos rublos que faltan os los devolveré en cuanto pueda. *Él*, —quién fuese *él* ni el mismo Valentchuk lo sabía,—me ha hecho pasar ante vuestros ojos por un ladrón; *él*, que el diablo cargue con su maldita alma, ha robado a su hermano hasta el último *kopek*. Yo, que sirvo hace quince años…»

En honor de Mikhail Dorofeitch hay que decir que no aceptó los dos rublos restantes, cuando algunos meses después Valentchuk se los iba a entregar.

III. Alrededor de una hoguera

Además de Valentchuk, se calentaban alrededor del fuego cinco soldados de mi pelotón.

En el mejor sitio y garantido del viento, estaba sentado sobre una barrica, fumando su pipa, el polvorista Maximov. Sin decir nada de la barrica, sobre la que estaba sentado, que en los altos era el signo del poder, y sin hablar de su capote forrado de nanquín, la actitud, la mirada y los ademanes de este hombre descubrían en él hábitos de mando y la conciencia de su propio valer. Cuando me aproximé a él, volvió la cabeza hacia mí; pero sus ojos permanecieron fijos en el fuego y hasta mucho después no los fijó en mi semblante.

Maximov era de familia de labradores y tenía algún dinero. En la escuela de la brigada había obtenido una distinción y adquirido ciertos conocimientos de humanidades. Los soldados le creían muy rico y erudito. Recuerdo que una vez en un ejercicio práctico de tiro, explicaba, con el cuadrante en la mano, a los soldados que se agrupaban a su alrededor, que el nivel no es más que el resultado del movimiento atmosférico del mercurio. En realidad, Maximov no era tonto y conocía su obligación; sin embargo, tenía una pasión dominante: la de hablar en forma que nadie pudiera comprenderle, y estoy convencido de que él mismo no conocía el alcance de sus palabras. Le gustaba sobre todo emplear las expresiones «resulta de esto» o «prosiguiendo»; y cuando decía: «De esto resulta» o «prosiguiendo», ya sabía yo que no comprendería nada de lo que siguiese. A los soldados, como pude observar, les agradaba oír sus «resulta de esto», suponiendo en estas palabras un sentido profundo, aunque, como yo, no comprendían nada. Pero ellos atri-

buían esta incomprensibilidad a su propia ignorancia y por lo tanto respetaban a Feodor Maximitch. En una palabra, Maximov era un autoritario diplomático.

Un segundo soldado, delante de la hoguera, probaba de meter sus botas en sus pies fibrosos y encarnados; era Antonov, el mismo artillero que en 1837 permaneció dos horas junto a un cañón sin protector… Con dos heridas en el muslo, continuaba cargando y disparando contra el enemigo victorioso. «Haría mucho tiempo que sería polvorista, si tuviese otro carácter», decían de él los soldados. Y era verdaderamente un carácter raro. Cuando no estaba ebrio, no había hombre más tranquilo, dulce y exacto; pero cuando empezaba a beber era otro: no reconocía autoridad, se pegaba a sí mismo, alborotaba y era un soldado inservible. Una semana antes, durante el carnaval, se puso a beber, y a pesar de las amenazas y exhortaciones y de haberle atado al cañón, bebió y luego se batió hasta el primer lunes de cuaresma. Sin embargo, durante este tiempo, aunque el destacamento tenía permiso para no observar el ayuno, él se alimentaba solamente de galleta, y la primera semana no tomó su porción de aguardiente. Por otro lado, había que ver su persona; no muy alto, de fuerte complexión, con las piernas arqueadas, los ojos brillantes, grandes bigotes; cuando, un poco alegre, cogía entre sus manos musculosas la *balalaika*[1], y echando a su alrededor una mirada negligente empezaba a tocar alguna canción favorita, o cuando iba por la calle con su capote lleno de condecoraciones en el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón de nanquín azul, se dibujaba en su fisonomía la expresión de su orgullo de artillero y el desprecio a todo lo que no fuese *militar*. Había que comprender por su gesto cuán difícil le era en aquellos momentos no pegarse con un limpiabotas, o con quien le saliese al camino, bien fuese cosaco, infantón, emigrante u otro que no perteneciera a la artillería. Se pegaba con todo el mundo y buscaba querella, ya por mantener el espíritu soldadesco, del cual parecía genuino representante, o ya por el placer que experimentaba en toda lucha.

El tercer soldado sentado en el talud, alrededor de la hoguera, tenía una boca hasta las orejas, el bigote pequeño y erizado, la cara de un pájaro y sostenía entre sus dientes una pipa de porcelana. Era el conductor Tchikin. Este buen Tchikin, como le llamaban los soldados, era un bromista. A veces con un frío terrible, con barro hasta la rodilla, sin haber comido nada durante dos días, por estar de expedición, revista o ejercicio, el bueno del hombre

conservaba su buen humor, haciendo gestos y piruetas con los pies, o discurriendo bromas, que el pelotón celebraba con estruendosas carcajadas. En las paradas o en el campamento, un grupo de soldados jóvenes se reunía siempre alrededor de Tchikin que jugaba con ellos una partida de *filka*2, o les contaba la historia de «un soldado astuto y el milord inglés», o imitaba a un tártaro, o un alemán, o bien hacía reflexiones capaces de hacer morir de risa a todo el auditorio. La verdad es que su reputación de hombre bufo estaba tan consolidada en la batería, que no hacía más que abrir la boca o cerrar los ojos, para suscitar una carcajada general. Realmente, poseía el secreto de lo cómico y burlesco. En cada objeto veía algo extravagante, algo que nadie había notado; pero lo más sorprendente era la facilidad con que hallaba el lado ridículo de las cosas.

El cuarto soldado no ofrecía nada de particular; era un recluta del año anterior y que salía por primera vez formando parte de una expedición. Estaba sentado al lado mismo del humo y tan cerca del fuego que parecía iba a arder su capote de pieles, no obstante llevar los faldones recogidos; su fisonomía tranquila, satisfecha, sus gruesas pantorrillas demostraban el contento que inundaba su espíritu.

En fin, el quinto, que se hallaba alejado de la hoguera y que preparaba una baqueta, era el viejo Idanov. Soldado el más antiguo de servicio en la batería. Conoció a los demás como reclutas y por eso le llamaban ya de antiguo el *abuelito*. Según las crónicas, jamás bebió, ni fumó, ni jugó a las cartas, ni profirió juramentos. Todo el tiempo que le quedaba libre fuera de servicio, empleábalo en la zapatería. En los días de fiesta, a serle posible, iba a la iglesia, compraba un cirio de un *kopek*, que ponía en un candelero, y luego hojeaba los *Himnos*, único libro legible para él. Hablaba poco con los soldados; era frío y respetuoso con los de grado superior, aunque fuesen más jóvenes que él; como no bebía, no tenía ocasión de frecuentar a sus iguales; sin embargo, gustaba de los nuevos reclutas y de los soldados jóvenes; protegíalos siempre que podía; dábales consejos y muchas veces incluso les ayudaba. En la batería creíanle capitalista por contar con veinticinco rublos, que prestaba al soldado que tenía necesidad verdadera de tal suma. Hasta el mismo Maximov, que ya era polvorista, me contaba que diez años atrás, cuando él entró en filas y los soldados viejos, entregados al mosto, se habían *bebido* su dinero, Idanov, conocedor de su situación precaria, le llamó, le recriminó severamente y llegó hasta a pegarle, dándole consejos para

vivir en el regimiento; después le regaló una camisa—Maximov ya no tenía —y cincuenta *kopeks* de plata.

Hablando de él, decía Maximov con respeto y agradecimiento: «Ha hecho de mí un hombre». Fue él quien acudió en auxilio de Valentchuk, al que había protegido, cuando este tuvo la desgracia de perder el capote. Había socorrido a muchos durante sus veinticinco años de servicio.

No se podía encontrar un hombre que conociese mejor su obligación, que fuese más trabajador y más puntual; pero, en cambio, era demasiado dulce y carecía de *apariencia* para ser promovido a polvorista, a pesar de su cargo de bombardero desde hacía quince años. El único placer, casi la pasión de Idanov, era oír cantar; tenía especial preferencia por ciertas canciones. Entre los soldados jóvenes, reunía un grupo de cantores, y aunque él no pudiese cantar, permanecía con ellos, las manos en los bolsillos del capote, los ojos cerrados, expresando su contento con los movimientos de su cabeza y las contracciones de su rostro. No sé cómo lograba dar a sus movimientos regulares de los músculos de la oreja, que solo vi en él, una expresión infinita. Su cabeza blanca como la nieve, el bigote sedoso y negro y la cara morena y rugosa, le daban a la primera impresión un aspecto severo y duro; pero vistos de cerca sus grandes ojos, redondos al reír—no reía con los labios—tenían algo extraordinariamente dulce, casi infantil, que sorprendía.

---

1. Instrumento de música muy común en el Cáucaso.

2. Juego de naipes muy preferido por los soldados.

IV. Charla de soldados

—¡Qué desdicha! He olvidado mi pipa. Es una desgracia, hermanos,—repitió Valentchuk.

—Mejor sería fumar cigarrillos, compañero,—dijo Tchikin, gesticulando con la boca y guiñando los ojos.—En casa yo siempre fumaba cigarrillos; son más suaves.

Como era natural, todos soltaron una carcajada.

—Así es; ha olvidado su pipa,—interrumpió Maximov, sin fijarse en la risa general. Y con tono autoritario, golpeando con prosopopeya la pipa en la palma de su mano izquierda, prosiguió:—¿Dónde te habías escondido, eh? ¿Valentchuk?

Valentchuk dio media vuelta hacia él, se llevó la mano al gorro y después la bajó.

—¿No has dormido bastante desde ayer? Te estás durmiendo de pie; no me hace mucha gracia.

—Que me trituren ahora mismo, Feodor Maximov, si he probado una gota. Yo no sé qué me ha sucedido,—respondió Valentchuk.—¿Con motivo de qué me habría emborrachado?—murmuró.

—¡Está bien! Respondemos de ti ante los jefes… ¡Pero has de saber que eso no me gusta!—terminó Maximov con tono más tranquilizador.

—He aquí un milagro, hermanos míos,—prosiguió Valentchuk, después de un momento de silencio, rascándose el bigote y dirigiéndose al grupo,—

un verdadero milagro. Hace dieciséis años que estoy en el servicio y nunca me había pasado cosa análoga. Cuando se dio la orden de formación, me preparé sin sentir nada; de pronto me hallé en el parque y… me eché al suelo; eso fue todo. ¿Cómo me dormí? No lo sé. Probablemente fui víctima de un accidente…

—Es verdad, mucho me costó despertarte,—dijo Antonov poniéndose una bota.—Te empujaba, te arrastraba y… ¡como un tronco!

—¡Oh! Estaría bebido…—observó el propio Valentchuk.

—¡Ya lo creo! En nuestro país,—dijo Tchikin,—había una mujer que durante dos años padeció continuos letargos. Una vez se pusieron a despertarla creyendo que dormía… y había muerto. Como siempre la cogía el sueño…

—Tchikin, cuéntanos cómo estando de licencia diste una gran broma,—dijo Maximov sonriendo y mirándome como diciendo: «¿Queréis oír a un imbécil?»

—¿Qué clase de broma, Feodor Maximov?—dijo Tchikin, echándome una mirada rápida.—Ya la sabéis, ya he contado otras veces lo que es el Cáucaso.

—Sí, sí, ¡eso es! ¿Qué esperas?… Dinos cómo lo hiciste.

—Ya lo sabéis. Alguien ha preguntado la manera cómo vivimos,—comenzó Tchikin con el aire y la volubilidad del que ha contado muchas veces una misma cosa.—He contestado diciendo que vivimos bien y recibimos víveres en gran cantidad. Mañana y tarde cada soldado tiene una taza de chocolate y sopa de cebada descascarillada y, en vez de aguardiente, recibimos una copa de Madera que vale, sin contar la botella, cuarenta y dos *kopeks*.

—Un buen Madera,—repuso Valentchuk lanzando una carcajada que dominó todas las demás.—He aquí un buen Madera.

—Pero, ¿y qué nos cuentas de los asiáticos?—interrumpió Maximov, cuando la risa general se hubo calmado.

Tchikin se inclinó hacia la hoguera, sacó un carbón y valiéndose de una varilla lo aplicó a su pipa. Sin abrir la boca, como si no notase la curiosidad silenciosa y excitada del auditorio, encendió calmosamente el tabaco. Cuando tuvo bastante fuego, arrojó la brasa, inclinó su gorro hacia atrás, hizo una mueca y sonriendo ligeramente, continuó:

—Me preguntaron: «¿Qué tal hombre es el *therkess*? ¿Os baten los turcos en el Cáucaso?» Yo respondí: En mi país, buen hombre, no hay un *therkess* solo, hay muchos. Hay mocetones que viven en los montes pedregosos, que comen piedras en vez de pan. Son altos como los árboles, tienen un ojo en mitad de la frente y llevan unos gorros rojos como la llama… Parecidos al tuyo, buen hombre,—añadió dirigiéndose a un joven recluta que llevaba un gorro negro, encarnado por encima.

A este apóstrofe inesperado, el recluta se sentó en el suelo, se golpeó las rodillas, soltó una risotada y tosió de tal forma que apenas pudo pronunciar con voz sofocada: «Son campesinos».

—Después, hay los *mumri*,—continuó Tchikin echándose el gorro a la frente con un movimiento de cabeza.—Los demás son hermanos gemelos. Siempre van de dos en dos. Cogidos de la mano, corren tanto que no se les puede alcanzar a caballo. ¿Cómo nacen, pues, estos *mumris*, cogidos de la mano? Pues sí, buen hombre, nacen así. Si se les separan las manos, entonces corre la sangre. «¡Ah! Cuenta cómo guerrean». Bien sencillamente, dije. Si te cogen, te abren el vientre en canal y te cuelgan al brazo los intestinos. Mientras te los enrollan, tú ríes tanto que el alma se te sale…

—¡Te han creído todos, Tchikin!—dijo Maximov sonriendo, mientras los demás se reían a más no poder.

—Es un pueblo verdaderamente chusco, Feodor Maximov. En todo cree. Yo les he hablado de la montaña Karbek, sobre la cual la nieve permanece todo el verano; pues se han reído a mis barbas. «¿Qué nos cuentas, buen hombre?» me han dicho. Nunca se ha visto eso; ¡un monte en el cual no se derrita la nieve! En mi país, hijo mío, hay una colina donde se derrite la nieve muy aprisa y tan solo queda alguna en las grietas y hendiduras… ¡Vamos!—terminó Tchikin guiñando los ojos.

V. El primer cañonazo

El claro disco solar que se percibía a través de la blanca neblina se alzaba ya a bastante altura. El horizonte gris violado se ensanchaba poco a poco. A lo lejos estaba limitado por la blanquecina niebla, como si fuese una engañosa pared.

Ante nosotros, más allá del bosque talado, se abría una inmensa llanura. Por todos lados llenaba el espacio el humo de las hogueras, ya negro, ya blanco, ya lila; y el blanco tul de la niebla se levantaba también al espacio formando figuras estrambóticas. Más lejos, se veían aparecer de vez en cuando grupos de tártaros. Por intervalos se oían los disparos de las carabinas y del cañón.

Era un juego más bien que un combate, como decía el capitán Kalopov.

El comandante de la novena compañía de cazadores que formaba parte de nuestra encubierta, se aproximó a los cañones y designó a tres tártaros que pasaban a caballo en aquel momento por la falda del monte, a una distancia de seiscientas *sagenas*, y, con esa afición que generalmente tienen los oficiales de infantería al fuego de artillería, me pidió permiso para enviarles una bala de cañón o un obús.

—Veis,—dijo con su sonrisa bonachona y persuasiva, extendiendo la mano por encima de mi hombro.—¿Veis aquellos dos grandes árboles? Delante hay un tártaro sobre un caballo blanco, con la *therkeska* negra, detrás hay dos más. ¿No se les podría mandar… si quisieseis?…

—Ved tres más que pasan por el otro lado,—añadió Antonov, que tenía un buen ojo, acercándose y escondiendo la pipa que fumaba detrás de su espalda.—Y el que va delante ha sacado la carabina de la funda; se ve muy bien, Su Señoría…

—¡Toma! Ha disparado. Ved el humo,—dijo Valentchuk que se hallaba entre un grupo de soldados, cerca de nosotros.

—El gran pillo apunta hacia aquí,—observó otro.

—Mirad, los que han salido del bosque estudian el terreno, quieren ocupar este sitio, plantar aquí el cañón,—añadió un tercero.—Si se les mandase un obús, cómo se refrescarían…

—Pero, ¿crees tú que el obús llegaría?—preguntó Tchikin.

—Debe haber de quinientas a quinientas veinte *sagenas*,—dijo hablando para sí el oficial, pero dejando ver sus ganas de probar el tiro.—Si tiramos con el cañón de cuarenta y cinco, sin duda que haremos blanco.

—Si en este momento hiciésemos fuego, de seguro que alguno caería. Mirad, ahora se han agrupado; os suplico que tiréis enseguida,—continuaba el jefe de la novena compañía.

—¿Me permitís encarar la pieza?—preguntó de pronto Antonov con voz entrecortada y ademán de cólera.

Confieso que yo mismo lo deseaba. Di orden de apuntar el segundo cañón. Aún no había acabado de hablar, cuando la espoleta del obús estaba colocada, introducido el obús y Antonov echado sobre el punto de mira y fijando sus dos gruesos dedos en la culata del cañón miraba a derecha e izquierda.

—¡Un poco a la izquierda!… ligeramente a derecha… un poco más, todavía… Así… Bien está,—exclamó con orgullo, apartándose del cañón.

El oficial de infantería, Maximov y yo fijamos la vista en el punto de mira y cada uno dio un parecer distinto.

—Juro que irá demasiado lejos,—observó Valentchuk, chasqueando la lengua, después que hubo mirado por encima del hombro de Antonov, no teniendo por lo tanto razón fundada para decir tal cosa.—Juro por Dios que caerá muy lejos; en donde está aquel árbol, hermanos míos.

—¡Fuego!—ordené.

Los sirvientes del cañón se separaron, Antonov se puso a un lado para ver el vuelo del obús. El tubo se inflamó; resonó el bronce. Al mismo tiempo fuimos todos envueltos por el humo de la pólvora. En medio del retumbar del cañón se percibió un sonido metálico que siguiendo el volar del obús se alejó con la rapidez del rayo, perdiéndose en lontananza en medio del silencio general.

Un poco más allá del grupo enemigo se distinguió una blanca humareda. Los tártaros se dispersaron. Oímos la explosión del proyectil.

—¡Ved, bien está! ¡Cómo se han largado! ¡Ah! Esos diablos son poco aficionados a estas bromas.

La animación y la burla circulaba en las filas de los soldados de artillería y de infantería.

—Si se hubiese tirado un poco más bajo, cae en el centro del grupo,—observó Valentchuk.—Dije que caería junto al árbol y tal ha sido. Ha ido demasiado a la derecha.

VI. La frase del capitán Bolkhov

Dejando a los soldados hablando de cómo se habían largado los tártaros, para qué habían ido allí y si habría otros en el bosque, me alejé algunos pasos con el comandante de la novena compañía y me senté en un tronco, esperando las chuletas asadas que había encargado.

El jefe de la compañía, Bolkhov, era uno de estos oficiales que en los regimientos llaman *buena estrella*. Tenía dinero, había hecho su servicio en la guardia, hablaba bien el francés, los compañeros le apreciaban. Era bastante inteligente y tenía buen gusto para vestir al estilo de San Petersburgo, dar una excelente comida y hablar el francés sin zaherir a los oficiales que le rodeaban. Hablando del tiempo, de los incidentes militares, de los oficiales, de sus relaciones… con arreglo a las preguntas y respuestas que convenían a nuestras ideas, caímos involuntariamente en charlas íntimas. Además, en el Cáucaso, cuando se encuentran dos hombres del gran mundo, aunque no se exprese, se presume la pregunta: ¿Por qué estáis aquí? Y a esta mi muda interrogación pareciome que mi interlocutor quería contestarme.

—¿Cuándo terminará la expedición?—me dijo en tono asaz indiferente. —¡Es un fastidio!…

—Yo no me aburro,—le contesté.—En el Estado Mayor se está peor todavía.

—¡Ah! En el Estado Mayor es diez mil veces más soso,—dijo con rabia. —¡No!… ¿Cuándo acabaremos de una vez?

—¿Qué, deseáis terminar?—le pregunté.

—¡Todo, absolutamente todo!… Pero, ¿esas chuletas no están, Nikolaiev?—gritó.

—¿Por qué habéis aceptado servir en el Cáucaso, si os desagrada?

—¿No lo sabéis?—respondió con resuelta franqueza.—Por tradición. En Rusia se cree que el Cáucaso es la tierra prometida para los desgraciados.

—Sí, es la verdad. La mayor parte de nosotros…

—Pero lo mejor del caso,—interrumpió,—es que todos los que venimos al Cáucaso por rutina, nos equivocamos horriblemente en nuestros cálculos. No comprendo por qué un amor infortunado o el fracaso de un negocio, ha de obligarnos a servir en el Cáucaso, mejor que ir a Kazan o a Kalonga. En Rusia todos se representan este país como una cosa magnífica, con hielos eternos, torrentes impetuosos, mujeres con pelo negrísimo y circasianos con enormes puñales… En todo esto hay algo realmente terrible; en realidad nada hay halagador. Si supieran que nunca vamos a los hielos vírgenes, que no es nada alegre vivir aquí y que el Cáucaso divide las provincias de Stavropol, Tiflis, etc…

—¡Ah! sí,—dije sonriendo.—En Rusia consideramos el Cáucaso muy diferente de lo que es. Bien os habrá ocurrido esto: Cuando se leen versos en una lengua que se conoce poco, uno se los imagina mucho mejores de lo que en realidad son.

—En verdad, no sé; pero el Cáucaso me disgusta.

—A mí el Cáucaso me parece bueno por ahora, de lo contrario…

—Puede que sea bueno,—prosiguió con cierta displicencia.—Yo lo que sé es que no estoy bien en el Cáucaso.

—Y eso, ¿por qué?—pregunté por decir algo.

—Primero, porque me ha engañado. Según la tradición, yo vine aquí para distraerme y si bien lo he conseguido es con la diferencia de que antes me divertía en una escala grande y ahora en una escala mezquina… y sucia además, hallando en cada peldaño millones de molestias, de ruindades y de ofensas. Segundo, cada día me siento descender moralmente más abajo… y principalmente, me siento incapaz para este servicio. No puedo soportar los peligros… sencillamente, no soy valiente…

Se detuvo y me miró con seriedad.

Aunque esta confesión espontánea me sorprendió mucho, no le contradije como él deseaba; esperé que él mismo hiciera la objeción a sus palabras, como ocurre en semejantes ocasiones.

—Ya sabéis que es esta la primera expedición y la primera acción militar en que me encuentro,—continuó;—y no puede usted figurarse lo que me ocurrió ayer. Cuando el subalterno me llevó la orden de que mi compañía era designada a formar parte de la columna, me puse blanco como una sábana; la emoción no me dejaba hablar. ¡Si supierais la noche que he pasado! Si es verdad que el cabello se blanquea por el miedo, yo debía tenerlo hoy todo blanco, porque seguramente ningún condenado a muerte sufre tanto en una noche como yo he sufrido desde que estamos aquí. Ahora mismo, aunque me siento algo mejor que esta noche, ved cómo estoy,—añadió levantando la mano que le temblaba horrorosamente.—Y lo más terrible es que el drama se desarrolla por dentro, y hay que comer chuletas asadas con cebolla y decir luego que se está muy satisfecho… ¿Hay vino, Nikolaiev?

—¡*Él* es, hermanos míos!—gritó en aquel instante la voz emocionada de un soldado. Todos los ojos se volvieron hacia el límite del lejano bosque.

A lo lejos, llevada por el viento, se levantaba una creciente nube de humo azulado. Cuando me di cuenta de que era un disparo del enemigo dirigido contra nosotros, todo lo que tenía ante mis ojos tomó de repente un aspecto nuevo, imponente. Los manojos de fusiles, el humo de las hogueras, el cielo azul, la hierba verde y la cara bronceada y vellosa de Nikolaiev, todo me decía claramente que el obús, que había surgido de aquella azulada nubecilla, volaba por el espacio y se dirigía probablemente derecho a mi corazón.

—¿Dónde habéis hallado ese vino?—pregunté con entonación negligente a Bolkhov, mientras en el interior de mi alma dos voces hablaban con la misma claridad; la una decía: «Señor, recibe mi alma en paz»; la otra: «Espero no agacharme y sonreír, cuando vuele por encima de nuestras cabezas el obús».

En aquel preciso momento pasó silbando por los aires algo sumamente desagradable. A dos pasos de nosotros estalló el proyectil.

—He ahí, si yo fuese un Napoleón o un Federico, diría ciertamente alguna gran frase,—dijo en aquel momento Bolkhov, volviéndose hacia mí con

mucha calma.

—Acabáis de decirla…—le respondí, procurando ocultar con esfuerzo la turbación producida en mí por el peligro pasado.

—Pero, ¿qué importaría lo que yo dijese? Nadie lo traspasaría a las futuras edades.

—Yo, yo lo haré.

—Si vos lo hacéis será para criticarlo, como dice Mistchenkov,—añadió sonriendo.

—¡Loco maldito!—exclamó en este momento detrás de nosotros Antonov, escupiendo al suelo con gran coraje.—Poco ha faltado para que me cayese a los pies.

Todos nuestros esfuerzos para aparecer indiferentes, todas nuestras frases bien aderezadas me parecieron insoportables, huecas, horriblemente grotescas, después de esta ingenua exclamación.

VII. El primer herido

El enemigo, en efecto, había colocado dos cañones en el sitio donde los tártaros se habían agrupado, y lanzaban, con intervalos de veinte a treinta minutos, un cañonazo sobre nuestros cortadores de árboles. Mi sección fue mandada llanura adelante y se le dio orden de contestar al enemigo. La humareda aparecía en la raya del bosque, se oía una detonación, un silbido y la bala caía delante o detrás de nosotros. A pesar del continuo fuego del enemigo, sus proyectiles no hacían blanco jamás.

Los artilleros, como siempre, se portaban admirablemente. Cargaban con rapidez, apuntaban con cuidado por entre el humo y bromeaban entre ellos. La encubierta de infantería, inactiva, silenciosa, cerca de nosotros, esperaba su turno. Los cortadores de leña continuaban su faena, las hachas resonaban en el bosque cada vez más rápidas, pero cuando se oía el silbido de los proyectiles, todo quedaba un momento tranquilo. En medio del silencio de muerte, se oyó una voz ligeramente emocionada: «¡Tened cuidado, muchachos!» Todas las miradas se fijaron en la bala que había chocado con unos troncos y ramas cortadas.

La niebla ya estaba bastante alta y tomando la forma de las nubes desaparecía poco a poco en el cielo de un azul oscuro. El sol brillaba con claridad y arrancaba alegres reflejos del acero de las bayonetas, del cobre de los cañones, de la tierra humedecida y del hielo blanquecino. En el aire se sentía la frescura del aura matinal y juntamente el calor de un sol de primavera. Millares de sombras y colores se combinaban en las secas hojas del bosque y se veían muy bien sobre la carretera llana y brillante las huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Entre los soldados la agitación se hacía mayor y más sensible. De todas partes, el humo azulado de los disparos era más frecuente. Los dragones con sus brillantes lanzas marcharon adelante. En las compañías de infantería se oían canciones; el convoy de la leña comenzó a instalarse en la retaguardia. Un general se acercó a nuestra sección y dio orden de prepararse para la retirada. El enemigo situado en un breñal, frente a nuestro flanco izquierdo, empezaba a inquietarnos seriamente con sus descargas. Del lado del bosque silbó una bala y vino a caer sobre la batería. Después una segunda… una tercera… La encubierta de infantería, que estaba cerca de nosotros, se levantó con gran ruido, tomó los fusiles y ocupó la línea. Los tiros aumentaban y las balas se multiplicaban cada vez más. La retirada comenzó y, como sucede siempre en el Cáucaso, entonces dio principio la verdadera batalla.

Se veía bien claramente que así como a los artilleros no les hacían gracia las balas de fusil, a los infantes no les chocaban los obuses. Antonov fruncía las cejas. Tchikin imitaba el silbido de los proyectiles, aunque tenía miedo de ellos. De unos decía: «¡Cómo corre!» de otros: «¡Ah!… ¡ah!… ¡la ovejita!» de otros: «¡Mira la huérfana!» refiriéndose a una bala que parecía revolotear por encima de nosotros. Estas palabras provocaron siempre risas generales.

La falta de costumbre hizo que las bromas se reprodujeran, inclinando la cabeza y preservando el cuerpo a cada bala que asomaba contra nosotros. También esto divertía a los soldados: «¿Qué, saludas a tu novia?» decían. Aun Valentchuk, siempre indiferente ante el peligro, hallábase turbado. Manifestaba claramente su estado de irritación al ver que no se respondía con metralla a los disparos del enemigo. Muchas veces decía con voz descompasada: «¿Por qué permitimos esas salvas inútiles? Si contestáramos con metralla se tranquilizarían bien pronto».

En efecto; había llegado el momento crítico. Di orden de disparar el último obús y de cargar con metralla.

—¡Metralla!—gritó Antonov rodeado de humo y aproximándose al cañón con la escobilla en la mano, cuando hubimos hecho la primera descarga.

En aquel mismo instante oí detrás de mí el rumor rápido y seco de una bala que acababa de chocar probablemente contra algún cuerpo. Se me opri-

mió el corazón. «Alguno de los nuestros está herido», pensé, con miedo de volverme, bajo la influencia de vagos presentimientos. Así fue; a continuación del sonido, notose la caída de un cuerpo pesado y el sollozo lastimero de un herido. «¡Ay, ay, ay… hermanos, me han herido!» decía con visible esfuerzo una voz que bien pronto reconocí. Era Valentchuk. Había caído de espaldas entre el cañón y las ruedas. A un lado yacía el saco que llevaba. Su frente estaba bañada en sangre y del ojo derecho y de la nariz salíanle unos hilillos rojos. Había recibido una herida en el vientre, pero al caer se dio un golpe en la cabeza produciéndose otras lesiones. Todo esto lo supe más tarde. De momento no acerté a ver más que una cosa muy horrible y al parecer una extraordinaria cantidad de sangre.

Ninguno de los soldados que cargaban el cañón pronunció una palabra; solo después, cuando se propaló la noticia, murmuró alguien esta frase: «De las heridas le mana mucha sangre». Antonov, frunciendo el ceño, gruñó de cólera mientras se veía bien que la sombra de la muerte invadía el alma de cada uno de nosotros.

Con la mayor actividad pusieron todos manos a la obra. El cañón fue cargado en muy poco tiempo y el polvorista al dejar la metralla dio media vuelta, dirigiéndose a donde, llorando y gimiendo todavía, se agitaba el herido.

VIII. El testamento de Valentchuk

Todos cuantos tomaban parte en el combate hallábanse bajo la influencia de ese extraño sentimiento de horror, no lógico, pero fuerte, que produce el sitio donde un hombre ha caído muerto o herido. Al primer impulso, mis soldados obedecieron visiblemente a ese sentimiento, cuando llegó el momento de coger a Valentchuk y transportarlo al coche de la ambulancia que avanzaba ya.

Muy descontento iba Idanov al aproximarse al herido, pero a pesar de sus ensordecedores gritos cogiolo en sus brazos y lo levantó.

—¿Qué esperáis? Cogedlo,—dijo; e inmediatamente viose el herido rodeado de diez hombres que, en su mayor número, nada habían de hacer.

Apenas fue levantado Valentchuk, cuando comenzó a chillar desaforadamente, pretendiendo soltarse.

—¿Por qué chillas como una liebre?—le dijo brutalmente Antonov sujetándolo por una pierna.—Si no callas, te dejamos.

Calló el herido y solamente de vez en cuando dejaba escapar algún gemido: «¡Ay! hermanos, ¡ha llegado mi hora!»

Cuando se halló instalado en el coche acabó su lamentarse y le oí pronunciar algunas palabras que dirigía a los compañeros, probablemente un «¡adiós!», en voz baja y entrecortada.

Durante el combate nadie debía ocuparse de los heridos, e instintivamente, al alejarme presuroso de ese espectáculo, ordené que se le transportara enseguida a la ambulancia, aproximándome otra vez al cañón. Pero al cabo de algunos minutos me dijeron que Valentchuk me llamaba y fui a verle.

En el fondo del barracón, acostado, con las manos tendidas a los lados, hallábase el enfermo. Su cara sana y larga habíase transformado en pocos minutos. Parecía más delgado y como si hubiera envejecido de muchos años. Sus labios estaban pálidos, agrietados y se contraían con esfuerzo visible. La expresión bonachona de su semblante trocose en un momento en la de una serena calma, y en la frente y en el ojo ensangrentados parecía descubrirse la huella de la muerte.

A pesar de que el menor movimiento le causaba insoportables dolores, pidió que le quitase el *tcheresok*1 que con el dinero llevaba en la pierna izquierda.

La vista de su pierna blanca y sana me produjo una impresión verdaderamente triste al soltarle la bota para coger el *tcheresok*.

—Hay tres piezas de oro y cincuenta *kopeks*,—dijo, mientras abría yo el bolsillo.—Vos los guardaréis.

Después de un corto silencio, continuó el enfermo:

—He hecho un capote para el teniente Sulimonski; me entregó dos piezas, compré dos rublos y medio de botones y hay cincuenta *kopeks* en el saco con ellos. Entregádselos.

—Bien, bien,—le dije.—Ahora a cuidarse y sanar pronto.

No me contestó; salí de la caseta y el herido reanudó sus gemidos y ayes con expresión de dolor tan intenso que llegaba al alma. Hubiérase dicho que después de arregladas las cosas de este mundo no hallaba motivos para contenerse y dejar de permitirse esa expansión.

—¿A dónde vas? ¡Vuelve!… ¿A dónde vas?—pregunté al recluta que, con la mecha de reserva debajo del brazo y la baqueta en la mano, se disponía a seguir hasta la ambulancia en donde estaba el herido.

Mas el recluta se limitó a mirarme con aire receloso, murmuró algunas palabras y continuó andando, teniendo que enviar a un soldado en su busca.

Quitose el gorro rojo que le cubría y sonriendo con cierta seriedad se quedó mirándome.

—¿A dónde ibas?—le pregunté.

—¡Allá!—contestó.

—¿A qué hacer?

—¡Cómo!… Han herido a Valentchuk,—dijo sonriendo de nuevo.

—Pero, eso no te importa, tú debes quedarte aquí.

Me miró extrañado, volviose con lentitud, colocose el gorro en la cabeza y se marchó a su puesto.

---

1. *Tcheresok*, diminutivo de *Kheress*, es una bolsita en forma de cintura que los soldados llevan generalmente debajo de la rodilla.—*N. del A.*

IX. La retirada

El combate en general había sido satisfactorio; decíase que los cosacos habían hecho un brillante ataque. Tres tártaros quedaron prisioneros. La infantería había hecho grandes provisiones de leña, sin más bajas que seis hombres entre muertos y heridos. En las filas de artillería solamente faltaba un hombre, Valentchuk, y tres caballos. En cambio se había cortado leña en una extensión de tres *verstas*, de modo que el lugar ya no era fácil reconocerlo. En vez del compacto laberinto que formaba antes el bosque, abríase ahora una gran explanada cubierta de humeantes hogueras y ocupada casi en su totalidad por la caballería y la infantería que avanzaban en dirección a la campiña. A pesar de que el enemigo no cesó de perseguirnos con su fuego de artillería y de fusiles hasta el riachuelo próximo, tocaron a retirada cerca del cementerio que ya habíamos atravesado por la mañana. Comenzaba yo a pensar ya en el *stchi*[1], la pierna de carnero y el pan tierno que me esperaban en el campo, cuando llegó la noticia de que el general ordenaba plantar las tiendas de campaña en la ribera del río y que permaneciese allí hasta el siguiente día el tercer batallón del regimiento de K… y una sección de la cuarta batería. Los carros cargados de maderas y de heridos, los cosacos, la artillería y la infantería, con fusiles y maderas a la espalda, todos cantando y en tropel pasaron por delante de nosotros. En el rostro de todos ellos se reflejaba el placer que les producía el sentimiento del peligro ya pasado y la esperanza de reposo. Nosotros, en unión del tercer batallón, éramos los únicos que debíamos guardar esa satisfacción para el día siguiente.

1. Una especie de sopa de col y carne.

X. Una taza de té oportuna

Mientras nosotros, los artilleros, estábamos ocupados con los cañones disponiendo su colocación, así como la de los carros y cajas de municiones, la infantería había ya colocado los fusiles en pabellón, encendido hogueras, amontonado ramas de árboles, paja de maíz y preparado el rancho.

Comenzaba a oscurecer. Nubes de un blanco azulado corrían por el cielo. La niebla, que se transformaba en vapor húmedo, se enfriaba mojando los capotes de los soldados; el horizonte se hacía más estrecho y los alrededores adquirían un tinte oscuro. La humedad que penetraba por mis botas me enfriaba todo el cuerpo y tras el anterior incesante movimiento, la conversación, en la cual yo no intervenía, el fango espeso donde se hundían los pies y el estómago vacío tras un día de cansancio físico y moral, pusiéronme en la más negra situación de ánimo. Valentchuk no salía de mi cabeza. La sencilla historia de toda su vida de soldado presentábase a mi imaginación con dudosa oportunidad. Sus últimos momentos fueron luminosos y tan puros como toda su vida. Vivió con excesiva honradez y demasiado simplemente para que su fe inmensa en una vida celestial futura pudiera quebrarse en el momento crítico.

—Señor,—díjome Nikolaiev aproximándose.—Venid a la tienda del capitán. Os invita a tomar el té.

Siguiendo a Nikolaiev, aunque con mucha dificultad, pasé por entre los haces de leña y las hogueras y llegué a la tienda de Bolkhov, pensando con regocijo en el vaso de té caliente y alegre conversación que disiparían mis negros pensamientos.

—¿Qué, le has encontrado?—oí que decía la voz de Bolkhov desde el fondo de su choza construida de maíz y dentro de la cual brillaba una luz.

—Sí, aquí traigo al señor,—dijo Nikolaiev en voz baja.

Bolkhov estaba sentado en la choza, sobre *burka* seca, desabrochado y sin gorro. Cerca de él brillaba el samovar y algunas flores adornaban un tambor.

La bayoneta, en el mango de la cual ardía una bujía, estaba clavada en tierra.

—¿Qué os parece?—dijo con aire de satisfacción dirigiendo una mirada sobre su instalación íntima.

En efecto, se estaba tan bien cerca del fuego, que olvidé por completo la humedad, la oscuridad y la herida de Valentchuk. Hablamos de Moscova y de cosas que por ningún lado tenían relación con la guerra ni con el Cáucaso.

Después de un momento de silencio, que siempre se produce alguno hasta en la conversación más animada, Bolkhov me miró y dejó escapar una sonrisa.

—Me parece que la conversación de esta mañana os ha extrañado muchísimo,—dijo.

—No. ¿Por qué? Solamente os he hallado muy franco. Hay cosas que todos sabemos, pero que nunca deben decirse.

—¿Por qué? Si hubiera alguna posibilidad de cambiar esta vida por la más pobre e insulsa vida, pero exenta de peligros y de servicio, no repararía en cambiarla…

—¿Qué, no iríais a servir a Rusia?—dije.

—¿Por qué?—repitió.—Lo tengo pensado desde hace tiempo. No puedo volver a Rusia sin tener antes las cruces de Ana y Valdimiro; la condecoración de Ana alrededor del cuello y el grado de mayor… Lo tengo proyectado así desde que vine.

—Pero… Si, como habéis dicho, os sentís incapaz de continuar aquí vuestro servicio…

—Sí, desde que estoy aquí me es todavía más imposible volver a Rusia. Esa es otra de las tradiciones de nuestro país y que Passek, Glieptzov y otros han confirmado; hay que estar en el Cáucaso y haber adquirido grandes distinciones. Todos esperan y hasta exigen eso de nosotros. Y yo estoy aquí desde hace dos años; he tomado parte en dos expediciones y todavía no he conseguido nada. Pero poseo un amor propio tan grande, que por nada del mundo saldré de aquí sin haber conseguido antes el grado de mayor y la cruz de Valdimiro y sin ostentar en el cuello la de Santa Ana. De tal manera estoy aferrado a ello, que me siento humillado cuando veo que dan una recompensa a un Gunilkichkin sin que se acuerden de mí. Por otra parte, ¿cómo he de presentarme en Rusia ante mi *starosta*[1], el negociante Kotelnikov a quien vendo trigo, ante mi tía de Moscova y, en una palabra, ante todos mis amigos, si después de dos años de estar en el Cáucaso vuelvo sin ninguna recompensa? Cierto que todos esos amigos me disgustan y que probablemente se preocupan poco de mí, pero el hombre está así hecho; no quiero humillarme ante ellos y por su culpa voy perdiendo mi mejor edad, el bienestar de mi vida, todo mi porvenir.

---

1. El jefe de la población.

XI. Reunión y charla de oficiales

En aquel momento se oyó fuera la voz del jefe del batallón. «¿Con quién estáis, Nikolai Fedorovitch?» Bolkhov dio mi nombre. Inmediatamente entraron en la choza tres oficiales: el mayor Kirsanov, un ayudante de campo y el jefe de la novena compañía Trocenko.

Kirsanov no era muy alto, grueso, de pequeño bigote negro, de cara roja, ojos pequeños, pero muy expresivos; los ojos eran lo más llamativo de su fisonomía. Cuando reía no mostraba más que unas estrellitas humedecidas, y esas estrellitas, con los labios y el cuello bastante gruesos, adquirían a lo mejor una expresión extraña y sorprendente.

En el regimiento, Kirsanov conducíase y se portaba mejor que sus compañeros. No le injuriaban sus subordinados y los jefes le querían, aunque según la opinión general no era muy inteligente. Conocía bien el servicio, era exacto y celoso, disponía siempre de dinero, coche, cocinero y sabía con mucha naturalidad fingir una bravura que no tenía.

—¿De qué hablabais, Nikolai Fedorovitch?—dijo al entrar.

—De nada; de lo agradable que resulta el servicio en el Cáucaso.

En este momento me vio Kirsanov, y como yo era alférez, preguntó, mirando al tambor, como si no hubiera oído la respuesta de Bolkhov, a fin de demostrarme su superioridad.

—¿Qué, estáis muy cansado, Nikolai Fedorovitch?

—No; nosotros…—quiso decir Bolkhov, pero la dignidad de jefe del batallón exigía sin duda una nueva interrupción y aun otra pregunta.

—¿Es buen cuento el de hoy?

El ayudante del batallón era un teniente muy joven que hacía poco era aún alférez; un muchacho modesto y agradable, de aspecto tímido, inteligente y dulce. Habíale yo encontrado antes en casa de Bolkhov; el joven era tal que entraba, saludaba, e iba a sentarse en un rincón donde se estaba callado durante muchas horas. Hacía algunos pitillos, los fumaba y luego, puesto en pie, saludaba y ganaba la puerta. Era el tipo de los pobres gentiles hombres rusos que eligen la carrera militar como la única compatible con su instrucción y creen que es la más elevada distinción del mundo un grado de oficial. Un tipo inteligente y simpático, no obstante su manera de ser singularmente ridícula; tenía la costumbre de llevar consigo un cepillito para los bigotes, y con el cepillo en la mano teníamos por costumbre representárnoslo. En el regimiento se contaba que él, que se las echaba de justo, era muy severo para con su cepillo, y decía: «Yo castigo poco; pero cuando me obligan a ello soy muy duro». Una vez que su ordenanza, estando borracho, le robó y hasta le injurió gravemente, el teniente lo llevó a la prevención y ordenó que instruyesen sumaria para castigarle; pero al ver los preparativos quedó tan confuso que no le pudo decir sino «Bueno, ¿ves? ahora podría…» y todo azorado se marchó a su casa. Desde este momento tuvo miedo de mirar de frente al ordenanza.

Sus compañeros no le dejaban tranquilo, asediándole con ese cuento y hasta he oído al astuto muchacho defenderse más de una vez, enrojecido hasta las orejas, y afirmar que sus acusaciones eran falsas.

El tercero, el capitán Trocenko, caucasiano, era un viejo en toda la extensión de la palabra. Para este la compañía que mandaba era su familia; la patria, el castillo donde se encerraba la guarnición, y los coristas el único placer de su vida; era hombre a quien todo aquello que no fuese caucasiano merecía desprecio, y además lo del Cáucaso dividíalo en dos partes: lo nuestro y lo que no pertenecía a nosotros. Adoraba lo primero y menospreciaba lo segundo con todas las fuerzas de su alma. Por fin, y ante todo, era hombre de valor constante, tranquilo, extraordinariamente bueno para con sus compañeros e inferiores, excesivamente recto y un tanto audaz para con los ayudantes y gente *chic*, que detestaba sin saber por qué. Al entrar en la choza, creí que iba a levantar el techo con la cabeza, pero se inclinó y sentose en tierra.

—¿Qué hay?—dijo, y echando una rápida mirada en mi fisonomía para él desconocida, se interrumpió.

—¿De qué hablabais?—preguntó el mayor sacando el reloj del bolsillo y mirando la hora, no sin estar plenamente convencido de que no tenía necesidad de ello.

—Me preguntaba por qué estoy aquí.

—Sin duda, Nikolai Fedorovitch quiere distinguirse mucho, para volverse pronto a su casa.

—Y vos, Abraham Ilitch, decidnos a qué obedece que sirváis en el Cáucaso.

—Pues, primeramente, porque, como vos sabéis, todos estamos obligados a servir aquí. ¿Qué cómo es eso?… Ayer recibí una carta de Rusia, Nikolai Fedorovitch,—continuó con manifiestos deseos de cambiar de conversación;—y me decían… Hacíanme preguntas tan extrañas…

—¿Qué preguntas eran?—preguntó Bolkhov.

Su interlocutor sonriose.

—Preguntas muy particulares… Por ejemplo, se me preguntaba si puede haber celos sin amor. ¿Qué os parece?—dijo volviendo la vista en torno suyo.

—¡Muy bien!—repuso Bolkhov sonriendo.

—Sí, en Rusia se puede servir,—continuó como si sus palabras se sucediesen naturalmente una a otra.—Estando yo en Tombov, hacia el año 52, recibíanme en todas partes como ayudante de campo del emperador. ¿Lo creeríais? Una vez que fui a un baile que daba en su casa el gobernador de la provincia entonces… pues, me recibieron muy bien. La esposa del gobernador me hablaba con mucho cariño, preguntándome por el Cáucaso; todos hacían lo mismo… Yo no sabía… Contemplaban mi sable dorado con una curiosidad… Me preguntaban por qué tenía el sable, por qué la cruz de Ana, por qué la de Valdimiro y yo se lo explicaba todo… He ahí para lo que sirve el Cáucaso, Nikolai Fedorovitch,—añadió sin esperar que nadie le contestase.—Allá quieren mucho a nuestros compañeros de aquí. Un joven oficial de Estado Mayor con sus condecoraciones de Ana y de Valdimiro, es muy bien visto en Rusia. ¿No os parece?

—Exageráis un poco, Abraham Ilitch,—dijo Bolkhov.

—¡Ah! Es preciso, ¿sabéis?—repuso como distraído.—Y durante aquellos dos meses comí muy bien.

—¿Se está bien en Rusia?—preguntó Trocenko como si se refiriera a la China o al Japón.

—Sí. ¡Y cuánto *champagne* bebimos en esos dos meses! Es espantoso.

—Tomaríais también limonada. Si fuese yo allá verían cómo beben los caucasianos. Nuestra reputación quedaría bien sentada… ¿Verdad, Bolkhov?—añadió.

—Sí, pero tú llevas ya diez años en el Cáucaso,—dijo Bolkhov.

—Y no olvides lo que dice Ermolov. Abraham Ilitch, yo hace nada más que seis…

—¡Cómo seis! Dieciséis, bien pronto.

—Bolkhov, haz que nos traigan el *brevaje*. ¡Qué humedad! ¿eh?—añadió sonriendo.—Mayor, bebamos algo.

Pero el mayor estaba descontento al ver que el capitán no le había dirigido la palabra todavía, y refunfuñando pedía socorro a su propia dignidad. Tarareó una canción y miró nuevamente el reloj.

—Yo no iré nunca,—dijo Trocenko sin reparar en que el mayor fruncía el ceño.—Ya he perdido la costumbre de pensar y hasta de hablar de Rusia. Preguntarían: ¿Quién es ese monstruo que ha llegado como quien dice de Asia? ¿Verdad, Nikolai Fedorovitch? ¿Y qué puede significar Rusia para mí? ¿Qué importa si el día menos pensado me matan? Preguntarán: ¿dónde está Trocenko? Pues, le han muerto. Y entonces, ¿qué haríais con la novena compañía?—preguntó dirigiéndose siempre al mayor.

—Enviad la orden de servicio al batallón,—dijo Kirsanov, sin contestar al capitán, no obstante saber él mismo que no tenía que dar orden alguna.

—Me parece que estáis muy contento, joven, desde que percibís doble salario,—dijo el mayor tras algunos minutos de silencio, dirigiéndose al ayudante del batallón.

—En verdad, lo estoy.

—Encuentro que nuestros sueldos son excesivos, Nikolai Fedorovitch,—continuó.—Un joven puede vivir muy bien permitiéndose aun ciertos excesos…

—No, en verdad, Abraham Ilitch,—dijo tímidamente el ayudante.—Aunque la paga es crecida, debemos también tener un caballo.

—¿Qué me contáis, joven? He sido subteniente y sé que con orden se puede pasar admirablemente. Hagamos la cuenta,—dijo cerrando el meñique de la mano izquierda.

—Cobramos adelantado y esa es la causa de nuestros apuros—dijo Trocenko apurando una copa de aguardiente.

—¿Qué tenéis que añadir?

—¡Yo!…

En la puerta de la cabaña se asomó una cabeza blanca y nariz achatada, mientras una voz dura pronunciaba con marcado acento alemán:

—¿Estáis ahí, Abraham Ilitch? El oficial de servicio os busca.

—Adelante, Kraff,—dijo Bolkhov.

Y penetró en la estancia un hombre alto con uniforme de Estado Mayor, que con mucha atención se puso a dar la mano a los concurrentes.

—¡Ah! Querido capitán, ¿también vos?—dijo refiriéndose a Trocenko.

El nuevo huésped, a pesar de la oscuridad, llegose hasta él y me pareció que, con gran extrañeza y descontento del capitán, lo besaba en los labios.

«Es un alemán que promete ser buen compañero», pensé.

XII. La toma de las trincheras

Mis sospechas quedaron bien pronto confirmadas. El capitán Kraff pidió aguardiente, al que llamó *gorilka*[1]. Tosió fuertemente y echó atrás la cabeza al apurar el vaso.

—¿Con que nos ha tocado hoy correr por los campos de la gran Thetchnia?—dijo. Pero al ver al oficial de servicio se calló, para dejar al mayor que diera la orden.

—¿Habéis recorrido la línea?

—Sí, señor.

—¿La contraseña está dada?

—Sí.

—Entonces os encargo que recomendéis a los jefes de las compañías la mayor prudencia.

—Está bien.

El mayor bajó los ojos y permaneció pensativo.

—Decid a los soldados que preparen el rancho.

—Está cociendo.

—Bien, podéis retiraros.

—Vamos ahora a calcular las necesidades de un oficial,—prosiguió el mayor dirigiéndose a nosotros con una sonrisa indulgente.

—Veamos…

—Necesita guerrera y pantalón… ¿no es cierto?

—Sí.

—Para ello pongamos cincuenta rublos en dos años, esto es, veinticinco rublos al año para el uniforme. Luego, para comer basta con dos *abas*2 por día… ¿Verdad?

—Sí, y hasta es mucho.

—No importa. Ahora, para el caballo, equipo y reparaciones treinta rublos. Y eso es todo. Veinticinco, ciento veinte y treinta, total: ciento setenta y cinco. Quedan para lujos, té, azúcar y tabaco, unos veinte rublos. Ya veis… Justo, Nikolai Fedorovitch.

—No, permitidme, Abraham Ilitch,—objetó tímidamente el ayudante.—No quedará nada para té y azúcar. Ponéis unos pantalones en dos años, pero aquí en el campo no hay bastante con dos pantalones; y en cuanto a botas, yo gasto un par al mes. Luego sábanas, camisas, toallas, calcetines; todo eso es necesario y si se incluye en la cuenta no queda nada. Es exacto.

—Sí, es bueno llevar calcetines,—dijo Kraff después de unos momentos de silencio, y recalcando bien la palabra «calcetines» al pronunciarla.—¡Es muy sencilla la vida rusa!

—Diré yo,—intervino Trocenko,—que de cualquier punto de vista desde el cual se hagan los cálculos, encontraremos siempre que el militar ha de quedarse con los dientes acerados; porque en realidad todos bebemos té, aguardiente, fumamos y queremos llevar buena vida. Cuando se lleva en el servicio tanto tiempo como yo llevo,—continuó dirigiéndose al teniente,—se aprende a vivir. ¿Sabéis lo que hace este con su cepillo?

Y Trocenko, soltando la risa, nos contó la historia del subteniente con su cepillo famoso, no obstante haberla oído mil veces.

—¿Por qué tomas el color de la amapola?—continuó dirigiéndose al subteniente que, todo sonrojado, sonreía con una cara que daba pena.—Eso no le hace, querido; también yo he sido como tú y ahora soy un valiente. Traedme no importa qué muchacho de Rusia y sentirá pasmos, reumatismos… y yo estoy aquí asentado, aquí habito, aquí duermo y aquí vivo.

Tras estas palabras apuró un vaso de aguardiente.

—¿Qué tal?—añadió mirando con fijeza a Kraff.

—Muy bien; yo os respeto. Es propio de un verdadero caucasiano. Dadme la mano,—y Kraff, abriéndose paso por en medio de nosotros, llegó hasta Trocenko y cogiéndole la mano se la sacudió con una expresión particular, no acostumbrada.

—Sí, podemos asegurar que todos hemos pasado por ello,—continuó.—El año 45… Estabais allí, capitán, recordad la noche del 12 al 13, metidos en un lodazal con barro hasta la rodilla… al siguiente día fuimos a las trincheras. Estaba yo con el general en jefe y tomamos quince trincheras en un solo día. ¿Os acordáis, capitán?

Trocenko hizo un gesto afirmativo y alargando un poco el labio inferior, cerró los ojos.

—Ya veis…—prosiguió Kraff dirigiéndose al mayor profundamente emocionado y haciendo gestos intempestivos.

Pero el mayor, que seguramente había oído mil veces la misma historia, miró a su interlocutor con aire tan indiferente que Kraff se volvió a nosotros mirándonos de arriba abajo. En adelante, ya no volvió a dirigir su vista a Trocenko.

—Cuando estábamos ya dispuestos a salir por la mañana, el general en jefe me dijo: «Kraff, hay que tomar más trincheras». Ya conocéis lo que es el servicio: obedecer sin discusión con la mano en la visera. «Está bien, Excelencia» y me marché. Al aproximarnos a la primera trinchera me volví y dije a los soldados: «Hijos míos, adelante, ¡no tengáis miedo! ¡Mirad siempre adelante! ¡Yo mismo esgrimiré el sable contra los que se queden atrás!» A los soldados rusos hay que hablarles así, simple y duramente. De pronto una granada… Cae un soldado, otro, un tercero, luego cruzan el aire balas en todas direcciones. «¡Soldados, adelante, seguidme!» dije. Con esto nos acercamos y vi… ¿cómo se llama?…

Y movía la mano como buscando la palabra.

—Un camino pedregoso,—repuso Bolkhov.

—No… ¿Cómo se llama?… ¡Dios!… ¡Ah, sí!—dijo rápidamente.—Un camino pedregoso. «¡Paso de carga… Hurra!…» Ni un solo enemigo. Que-

damos admirados. ¡Muy bien! Y marchamos adelante hacia la segunda trinchera. Aquello era otra cosa. El corazón nos latía fuertemente. Nos vamos acercando y vemos ya la segunda trinchera. No se podía avanzar. Aquí… ¡Diablo, cómo se llama!… ¿cómo es eso… cómo…?

—Otro pedregal,—dije.

—No hombre, no,—repuso enfadado.—¿Cómo le llaman a eso…?—Y con la mano hizo un gesto vago.—¡Dios! ¿Cómo es?

Parecía tan atormentado que excitaba el deseo de apuntarle.

—¿Sería un río?—dijo Bolkhov.

—No, un simple pedregal. Pero en cuanto llegamos, podéis creerlo, un fuego horroroso, un infierno…

En aquel momento llamaron por la parte trasera de la cabaña; era Maximov. Como después de echarme al coleto esa variada historia de las dos trincheras, me quedaban todavía trece, aproveché la ocasión para volverme a mi sección. Trocenko salió conmigo.

«No dice una palabra de verdad, no estuvo nunca en esas trincheras».

Y Trocenko se echó a reír con tan buena gana como yo mismo.

---

1. Diminutivo que en Rusia se aplica al aguardiente.

2. Moneda persa equivalente a 0’55.

XIII. El verdadero soldado de Rusia

Comenzaba a oscurecer y solo las hogueras iluminaban el campo, cuando terminada la faena me aproximé a los soldados. Una gran tea que ardía sin llama yacía bajo los carbones. Alrededor de la hoguera tres hombres solamente permanecían sentados. Antonov, que ponía sobre el fuego la pequeña marmita en la cual cocían bizcochos y grasa. Idanov, que, tan soñador como siempre, removía las cenizas con una varita, y a su lado Tchikin con su pipa siempre apagada. Los demás se preparaban ya al descanso, unos bajo los armones, otros sobre el heno, otros, en fin, al lado de la hoguera. A la débil luz que producían los carbones, distinguí espaldas, piernas, caras conocidas. Al lado de la hoguera se hallaba la marmita que, no obstante el fuego, parecía dormida. Antonov hízome sitio, senteme a su lado y encendí un pitillo. El olor del humo y la niebla del bosque esparcíanse en el ambiente, picando los ojos, mientras la humedad caía del oscuro cielo. Cerca de nosotros se oían ronquidos regulares y el crujido de las ramas en el fuego; conversaciones en voz baja y de vez en cuando el *cli-cla* de las armas de la infantería. Por todas partes estaban encendidas hogueras, rodeadas por la sombra negra de los soldados. En las más próximas se veía con claridad a los soldados que, medio desnudos y junto a las llamas, se preparaban para dormir.

En el espacio de unas quince *sagenas* a la redonda, los hombres que no dormían holgaban y charlaban. Pero todo aquel movimiento parecía como aquietado por el misterioso silencio de la noche oscura. Parecía como si to-

dos, conscientes de aquel sublime efecto, temieran romper su tranquila armonía.

Cuando comencé a hablar observé que mi voz tenía otro timbre; la misma impresión se leía en el semblante de los soldados que rodeaban el fuego. Creí que antes de mi llegada hablaban del compañero herido, pero no era así. Tchikin describía la recepción de víveres en Tiflis, echándose de ver el tacto especial de los soldados en general, pero muy especialmente los del Cáucaso, que tienen de callar ante el peligro y evitar cuanto pueda causar mal efecto en el ánimo de los compañeros.

El pueblo ruso no se deja impulsar por el entusiasmo como ocurre en los países meridionales que con igual rapidez arden o se enfrían. Es tan difícil inflamar al pueblo ruso como hacerle perder su valor. No necesita de grandes efectos, ni de discursos, ni de gritos guerreros, ni de canciones, ni nada; exige por el contrario, mucha tranquilidad, orden y abstenerse de toda excitación. En el verdadero soldado ruso no se encuentra el tipo petulante o fanfarrón, orgulloso, con el deseo temerario de exponerse y de luchar ante el peligro, sino más bien la modestia, la simplicidad y el miedo de hallar en la exposición otra cosa que el peligro mismo; estos son los caracteres que le distinguen.

Yo he visto a un soldado herido en la pierna, que lo que más lamentaba fue el que le hubiesen roto los pantalones de piel de cordero que llevaba; a un guía que, después de haberle muerto el caballo que montaba, le desató la cincha para guardar el aparejo. ¿Quién no recuerda el caso del sitio de Guerguebel, cuando en el laboratorio se inflamó el tubo de una bomba cargada? El oficial dio orden a dos soldados que cogieran la bomba y corriesen a tirarla a un barranco, pero no la dejaron en el sitio más próximo porque allí estaba la tienda del coronel y llevároнla más lejos, por no despertar a los jefes que dormían; entre tanto estalló la bomba y los dos fueron hechos pedazos. Todavía recuerdo que en 1852 hallándome en el destacamento, no sé por qué, un soldado dijo durante el combate que parecíale que la sección no saldría viva de él, y todos se le echaron encima sufriendo las iras de sus compañeros por una frase que no querían oír. Ahora mismo, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el pensamiento de Valentchuk, cuando de un momento a otro podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban la grotesca historia de Tchikin sin que nadie recordase el combate último, ni el peligro inminente, ni el herido, como si todos esos hechos hubie-

sen acontecido en remotos tiempos, Dios sabe cuándo, o no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que su semblante era más sombrío que de ordinario, que no escuchaban con gran atención el relato de Tchikin, y que él mismo no pretendía hacerse escuchar, sino pasar el tiempo. Maximov se aproximó a la hoguera y sentose cerca de mí. Tchikin le hizo puesto, calló y quedó extasiado contemplando el humo de su pipa.

XIV. El campamento se duerme…

—¿Habéis enviado los ordenanzas al campo para que nos traigan aguardiente?—preguntó Maximov tras un largo silencio.—El subteniente dice haber visto al nuestro…

—¡Qué! ¿Vive todavía?—preguntó Antonov revolviendo la marmita.

—No, ha muerto.

El recluta levantó su cabecita blanca con gorro rojo y mirando rápidamente unas veces a Maximov y otras veces a mí, bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en su manta.

—Por algo le buscaba la muerte cuando esta mañana le desperté en el parque,—dijo Antonov.

—¡Son tontadas!—dijo Idanov volviendo de lado un gran tarugo que despedía tufo. Todos callaron.

En medio del silencio general oyose un disparo detrás de nosotros en dirección al campo. Nuestros tambores hicieron la señal y tocaron retreta. Cuando hubo cesado el último redoble, Idanov se levantó de un salto y quitose el gorro. Todos le imitamos.

En medio del silencio profundo de la noche oyose un coro armonioso de fuertes voces que decía:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén».

—Es cierto. Hacia el año 45, uno de los nuestros fue muerto en mi pueblo del mismo modo que este,—dijo Antonov cuando nos hubimos puesto el gorro y sentado nuevamente alrededor del fuego.—Lo llevamos dos días con nuestro cañón… ¿Te acuerdas de Chevchenka, Idanov? Luego lo dejamos cabe el tronco de un árbol.

En esto vimos a un soldado de infantería, con grandes bigotes, que con su fusil y cartuchera se aproximó a nosotros.

—¿Quién quiere hacer el favor de darme fuego para encender mi pipa?—dijo.

—Enciende, que ahí tienes fuego,—dijo Tchikin.

—¿Seguramente estabais hablando, paisano, de Darglim?—preguntó a Antonov el de infantería.

—Sí; del año 45… de Darglim…—repuso Antonov.

El infante hizo un gesto con los hombros, guiñó los ojos y se sentó sobre los talones cerca del grupo.

—Sí, allí había de todo,—dijo.

—Pues, ¿por qué lo abandonasteis?—pregunté a Antonov.

—Padecía del vientre el pobre Chevchenka. Cuando estábamos parados divinamente, pero en cuanto comenzaba una marcha, daba gritos desgarradores. Pedía por Dios que lo dejasen. Daba lástima… Y ya comenzaba a inquietarnos visiblemente. Imposible pensar que pudiese gobernar el cañón. ¡Tenía barro en el vientre!…

—Lo peor es que el barro estaba en la montaña Inchiskaia,—observó un soldado.

—Sí, y solamente allá se sentía enfermo. Celebramos consejo con Anachenko, que era un artillero viejo. Aseguró que, en efecto, no viviría mucho tiempo… y él suplicaba que le dejásemos allí. Y así lo hicimos. Allí cerca crecía un frondoso árbol. Pusimos a su lado algunos bizcochos mojados que Idanov tenía porque se los habíamos dado. Apoyámosle contra el árbol, pusímosle camisa limpia, y, después de despedirnos de él como convenía, le dejamos…

—¿Y era un buen soldado?

—No malo,—contestó Idanov.

—¿Y qué fue de él?

—Solo Dios lo sabe,—continuó Antonov.—Muchos de nuestros hermanos murieron allí.

—¿En Darglim?—preguntó el infante levantándose y sacudiendo la pipa. Luego cerró otra vez los ojos y movió la cabeza.—Me parece que hace más de un año que estoy ausente.

—¿Y tú, también has tenido licencia alguna vez?—pregunté a Idanov.

—No,—respondió con enfado.

—Va bien eso de tomar vacaciones,—dijo Antonov;—cuando se pertenece a una familia rica, cuando se tienen fuerzas para trabajar, sí que resulta agradable ir alguna vez a casa… y allí están contentos de ver a uno.

—Pero cuando no se tiene sino un hermano, ¿para qué ir de vacaciones? —añadió Idanov.—Ya tiene bastante consigo mismo y no se va a ocupar del hermano soldado. Somos malos de mantener después de haber servido durante veinticinco años.

—¿Y vive?

—¿Quién lo sabe?

—¿No le escribes?—pregunté.

—¿Cómo no? Le envié dos cartas, pero no me contesta. O se ha muerto o no me escribe por hallarse en la miseria. ¿Para qué ir, entonces?

—¿Hace mucho tiempo que le has escrito?

—La última carta fue a mi regreso de Darglim.

—Haréis bien en mandar que cante «La bolita». Es la canción predilecta de Idanov,—me dijo Tchikin al oído tirándome del capote.—Algunas veces cuando la canta Felipe Antonitch, casi llora.

Al principio Idanov estaba sentado y casi inmóvil, con los ojos fijos en los carbones, el rostro iluminado por un resplandor rojo que le hacía parecer extraordinariamente sombrío. Luego sus mejillas comenzaron a moverse en violento temblor; por fin se levantó y tendiendo su capote en el suelo se acostó en la sombra. Sea que volviéndose tosiera al acostarse, sea que la

muerte de Valentchuk en momento tan triste le emocionara, lo cierto es que al parecer las lágrimas brotaban de sus ojos.

La parte inferior del tarugo que se carbonizaba inflamábase de cuando en cuando iluminando la cara de Antonov con sus bigotes grises, su cara roja y las condecoraciones que adornaban su capote tendido en el suelo; también iluminaba botas, cabezas, bustos y espaldas. Del cielo caía una grande oscuridad y el aire estaba impregnado de un fuerte olor de humo… Alrededor veíase la claridad rojiza de las hogueras que se apagaban, oyéndose en medio del silencio general el eco de los cantos melancólicos de Antonov. Cuando callaba, se oían tan solo los suaves rumores de la noche en el campo, los ronquidos de los soldados dormidos, el *cli-cla* de las armas de los centinelas y las conversaciones en voz baja, con fuertes voces de Maximov:

—¡Segundo relevo! ¡Makatuk y Idanov!

Antonov de pronto cesó de cantar. Idanov se levantó, suspiró varias veces con fuerza y dirigiose lentamente hacia el cañón.

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo III, *Ocho relatos* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web